

cogéos si os place, segura de que no vendré á turbar vuestro sueño; me despido ahora definitivamente de vos: allá, desde el Andalucía, os enviaré frecuentemente correos con lo que hubiere: haced vos lo mismo á fin de que yo sepa lo que sucede por aquí.

—Lo haré, señor mio, lo haré, dijo doña Juana; id con Dios, él os ayude y os torne pronto á mis brazos, que os amo mucho.

—Adios, señora, adios, y espero que nos volveremos pronto á ver y con buen suceso.

Y el viejo marido abrazó friamente á la joven esposa y salió.

Doña Juana se quedó murmurando:

—Él se va, y sin despedirse de la reina; yo tambien me voy; creerán que me he ido con él.

## CAPITULO VII.

EN QUE SE VE QUE ZANCUDO TENIA MAS AMBICION QUE LO QUE ERA DE ESPERAR.

### I.

Zancudo se desesperaba, sentado junto á la fuente, bajo la espesa sombra de los árboles, oyendo el monótono rumor de la caída del agua, y no muy tranquilo, porque, en fin, la casa en que se encontraba parecia grande, debia haber en la servidumbre gente dura, y no era muy impresumible una paliza, si por un azar cualquiera le encontraban dentro y metido á hurto; y luego, segun él decia, para qué diablos le llamaban si tardaban tanto.

Por último, se oyó por un sendero el crujido de un brial de seda que determinaba el paso de una mujer que avanzaba rápidamente.

—¿Está ahí el que ha sido llamado? dijo doña Juana, que ella era.

—Sí, noble señora, contestó poniéndose de pié Zancudo.

—¿Sois el caballero que ha llegado esta tarde de Mayorga?

—Sí, noble señora.

—¿Sois de la compañía franca del caballero del Aguila Roja?

—Soy su alférez.

—Valiente debeis de ser, cuando sois alférez de tal capitan.

—No soy manco.

—¿Y como sois valiente sois callado?

—Un poco, señora mia, un poco; podeis echar en mí todo cuanto querais, segura de que no saldrá á luz.

—¿Qué sucede en Mayorga? dijo doña Juana, sentándose en el mismo poyo en que habia estado sentado el alférez.

—En Mayorga sucede, señora, que los vivos se mueren, y que á los muertos los entierran.

—Eso sucede siempre; pero dicen que hay una peste horrenda en Mayorga.

—No dicen la verdad: en Mayorga, cuando yo me vine, no habia ningun apestado; la peste estaba en el campo aragonés.

—Dicen que terrible.

—Sí señora, sí, espantosa; ni el *Kirie eleison* alcanza á los apestados.

—¿Gran milagro!

—Sí á fé, y beneficioso para nosotros, que no sabíamos qué hacernos ya con los aragoneses: hace cinco dias me dieron á mí tal mazada en un hombro, que aunque soy poco menos fuerte que el acero, estoy que no puedo hacer movimiento por la izquierda que no me duela, y ando bismado que da lástima.

—¿Y vuestro capitan? ¿No ha salido mal parado en esta campaña?

—¿Ah, señora! mi capitan tiene un hachazo en la cabeza.

—¿Dios mio! ¿y cómo vive? exclamó anhelante doña Juana.

—Vive porque el hacha tuvo que partir el almete y el capuz de mallas, y por lo tanto no pudo partir la cabeza; pero la herida es grave, muy grave; tiene además una lanzada en un muslo y otra en la espalda, bastante profundas, y seis ó siete menos graves: necesariamente, como que en la guerra no se va á coger pasta-flora.

—De modo, que vuestro capitan está muy en peligro.

—Señora, contestó exagerando el pícaro de Zancudo, mi capitan, si no ha muerto á estas horas, estará en las últimas.

—¿En las últimas, decís! exclamó con un afán infinito doña Juana.

—¿Sí señora, sí, y esta es una gran desgracia! exclamó compungiendo Zancudo: ¿qué va á ser de nosotros sin nuestro capitan!

É hizo como que lloraba.

La Palomilla, que era vivamente impresionable, que se enamoraba de imaginacion y que habia hecho su sueño de Zayda Fatima, creyéndola hombre, se aterró.

—Pues yo quiero ir, dijo, adonde está vuestro capitan, para hablarle si está vivo, para cuidarle, para llorarle si ha muerto.

—Y bien, señora, dijo Zancudo, cuando querais os monto á la grupa de mi caballo, que es un corcel muy fuerte, y partimos.

—No hay necesidad de tanto: esperadme mañana en la primera venta que encontreis despues del Puente Mayor, y uníos á mí como si no me conociérais; habladme, haremos el viaje juntos, yo iré con mis servidores.

—¿Y en qué os conoceré, señora?

—En que iré montando una hacanea rucia.

—Muy bien, señora.

—Ahora idos, y para que tengais aficion en servirme, tomad.

—¿Ha de ser necesariamente mañana el dia de la partida, señora? dijo Zancudo tomando una bolsa que doña Juana le habia dado, y por cierto bien repleta.

—Necesariamente mañana al amanecer, contestó doña Juana; y si fuera posible antes, antes seria.

—Es que, señora, yo tengo que hacer mañana en Valladolid.

—¿Y qué teneis vos que hacer en Valladolid mañana?

—La reina me ha llamado caballero, y cuando un rey llama caballero á un hidalgo, caballero le hace, porque un rey no puede ni debe mentir.

—¿Ah! ¿con que vos quereis ser caballero?

—¡Ah! sí señora: los caballeros hoy medran mucho; porque suponed que yo con cuatro cuartos que vos me deis ó que me dé mi capitán ó que coja en el saco de una villa, armo á quince ó veinte buenos mozos, me voy sobre la frontera de Granada, husmeo, encuentro una villa poco defendida, la sorprendo, la gano, se la entrego al rey mi señor, y como ya soy caballero, el rey mi señor me hace rico hombre de la villa, y con la gente de la villa y los pechos que me paguen, aprovechando una guerra de Castilla con Aragon ó Portugal, que eso sucede todos los dias, parto á sus fronteras con un buen golpe de lanzas y con algunos buenos ingenios, embisto otra villa, y la tomo, y cádate aquí que crezco y soy un rico hombre respetable; y luego, el señor rey me necesita un dia, y yo no le sirvo si no me da lo que le pida, y acabo por fundar señorío y echar título y tener vasallos, de modo, que el uno por arriba y los otros por abajo, me dan lo que yo necesito gastar para estar contento: sin contar con que tanto puedo crecer y tanto puede necesitarme el rey mi señor, que me casen con una infanta y sea yo infante, de donde corriendo el tiempo y muriéndose tal vez los que impidan que la infanta llegue á ser reina, catad ahí que yo puedo ser rey.

—¿Sabeis que no sois ambicioso?

—¿Y qué ejemplo nos han dado todos nuestros ricos hombres? ¿qué eran ellos hace cien años? Cuidado, señora, que yo sé la historia de todo el mundo: ahí teneis á los Pimenteles y á los Castros y á los Perez de Viedma y á otros tantos, cuyos abuelos fueron pelaires, mucho mas pelaires que yo, y tosedles ahora: ¿y qué han hecho? artimañas y gatadas y servir malamente á todo el mundo por el dinero, y aun hoy, andan por ahí hechos bandidos, robando castillos indefensos y entrándose por villas abiertas, y quedándose con ellas sin verter una sola gota de sangre, y pagando sus lanzas, no de su bolsillo, sino del bolsillo del rey y del bolsillo de todo el mundo, y atesorando doblas y haciendo alcázares y fundando monasterios, hecho todo con lo que no es suyo, y volviéndose al sol que mas calienta, sin tener ni honra ni temor de Dios. Pues mirad, valgo yo mas que ellos, y á mas que ellos me atrevo á llegar haciendo menos trapace-

rías, y vertiendo mas mi sangre y sirviendo mejor á quien me pague. Y mirad que á hidalgo no hay quien me pase á mí delante, que los Zancudos venimos del arca de Noé.

—Ya lo creo; como que Noé encerró en el arca macho y hembra de todo género de bicho, y debió encerrar cigarrones.

—No cigarrones, señora, respondió un poco amostazado el bachiller, que la palabra Zancudo es corrupcion de la palabra caldea Zanka, que quiere decir preeminente entre los preeminentes, y Zanka, segun la genealogía de mi familia, era hijo de una concubina, de un biznieto, de un hermano de Noé.

—¡Por Dios, Zancudo! exclamó doña Juana; que estamos perdiendo el tiempo: en otra ocasion me relatareis de cabo á rabo toda vuestra genealogía, cuyo ilustrísimo origen yo no os niego: caballero quereis ser, seréislo, y de órden, y con una encomienda, si me servís bien, que no há menester del amparo de un rey el que tiene el amparo de un Lara.

—¡Ah, señora! vos sois de la nobilísima estirpe de los Laras, vos venís de aquellos siete egregios infantes, ó tal vez del perínclito Mudarra, palabra árabe corrompida, que quiere decir *el Vengador*.

—Dejémonos, dejémonos de genealogías, Zancudo, y vamos á lo que importa: soy en efecto doña Juana Nuñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, grande amiga de la reina y aun del rey; me importa mucho ir á Mayorga, me intereso grandemente por vuestro capitán el caballero del Aguila Roja; parto mañana al amanecer; esperadme como os he dicho mas allá del Puente Mayor, en la primera venta, y hacéos el encontradizo, y habladme como si no me hubiérais hablado nunca: sirvaos de señal para conocerme el que irá cabalgando en una hacanea rucia, no lo olvideis: en cuanto á lo de caballero, tened ya por calzada la espuela de oro: idos, y adios: mas allá, siguiendo por ese sendero, encontrareis al paje que hasta aquí os ha traído.

—Adios, pues, señora, y hasta mañana al amanecer,

## II.

Doña Juana se apartó, se alejó, se perdió entre el silencio el ruido de su brial, y Zancudo, siguiendo por el sendero que doña Juana le había indicado, encontró á poca distancia un bulto.

—¿Sois vos el que me ha traído y ha de echarme fuera? dijo Zancudo.

—Yo soy, contestó el paje.

—Pues vamos andando; y si quereis que os festeje, amigo, veníos conmigo, y comeremos y beberemos juntos.

—Agradézcolo como si lo gozara, contestó el paje; pero mi señora me necesita: con que id con Dios, hidalgo, y hasta mas ver.

Y como hubieran llegado al postigo, el paje le abrió, echó fuera á Zancudo, y cerró.

Nuestro alférez, hecha la cabeza una máquina de imaginaciones, se volvió á la posada de la Cruz de San Juan, se bebió una enorme taza de vino caliente enmelado para dormir bien, y mandando le despertasen antes del amanecer, se acostó, se durmió y soñó que le casaban con una hermosísima infanta, por la cual llegaba á ser rey de la gran Tartaría.

## CAPITULO VIII.

## DE LA BUENA ADQUISICION QUE HIZO ZANCUDO EN LA ALDEA DE VILLANUBLA.

## I.

Despertóse Zancudo sin que le llamasen con la cabeza de tanto soñar caliente, abrió la ventana, vió que el alba empezaba á desperezarse medrosa, cogió del rincón en que las había echado sus armas, armóse, bajó á la cuadra, enjaezó su caballo, pagó la cuenta, y cabalgando, atravesó á Valladolid haciendo retemblar las solitarias calles bajo los anchos cascos de su poderoso corcel, porque Fatima tenía montados á costo y costa á sus aventureros, y llegó á la puerta del puente á tiempo que los guardas la abrian para que entrasen los abastecedores que venian con todo género de vituallas para el mercado de las aldeas vecinas.

Arremetió al trote por el Puente Mayor el alférez, siguió al galope por el camino real de Leon, y cuando el dia empezaba á aclarar, él empezaba á trepar por las cuestas de Villanubla, y